

Juan Poblete*

➤ Lo transnacional y los imaginarios nacionales: los Estados Unidos y América Latina

Este ensayo intenta precisar dos formas distintas de re-imaginar contemporáneamente el espacio nacional en el contexto de la globalización y de entender el papel de la cultura en dicha configuración epocal. En el primer caso se trata del libro reciente de Samuel Huntington, *Who are we? The Challenges to America's National Identity* (2004a). En él se postula que los Estados Unidos están bajo una doble presión realizada por dos agentes globalizadores: las desnacionalizadas élites transnacionales y la creciente inmigración de hispanos y, en particular, de mexicanos. Según Huntington, estas dos presiones significan un grave peligro geopolítico con profundas consecuencias culturales para lo que él percibe como el corazón histórico de la nación: la cultura en inglés de los anglo-protestantes, en la cual los valores religiosos y el liberalismo político devinieron un solo ideario e imaginario social. Por su parte, el libro *El espacio cultural latinoamericano*, editado por Manuel Antonio Garretón (2003) y elaborado como informe colectivo por un grupo de ilustres intelectuales latinoamericanos¹, proporciona otra visión de cómo se enfrenta el Estado nacional a las presiones que desde arriba y desde abajo o, si se prefiere, desde adentro y desde afuera, representan para él la explosión de las identidades y demandas sociales, la nueva centralidad de la cultura nacional e internacional en la producción del sentido de la modernización en curso, los nuevos actores sociales y sus renovadas prácticas que redefinen la politicidad y lo político, y la emergencia de nuevos circuitos transnacionales de circulación e intercambio. Contrariamente a Huntington, los autores de *El espacio cultural latinoamericano* ven en la emergencia concreta de dicho espacio transnacional la mejor opción para la democratización efectiva y la integración global del Estado-nación en América Latina. Estos dos disímiles esfuerzos por responder a los desafíos de la globalización de lo nacional comparten, por otro lado, una relación incómoda y grados de ceguera relativa frente a las formas alternativas de imaginación de lo nacional que representa la práctica social, política, económica y cultural de cuarenta millones de Latinos en los Estados Unidos.²

* Juan Poblete es profesor asociado de Literatura y Estudios Culturales Latinoamericanos en la Universidad de California, Santa Cruz. Es autor de *Literatura chilena del siglo XIX: entre públicos lectores y figuras autoriales* (2003) y editor de *Critical Latin American and Latino Studies* (2003). Colaboró con sendos capítulos en (entre otros): *Latin American Literary Cultures: A Comparative History of Cultural Formations* (2004) y *Más allá de la ciudad letrada* (2003). Correo electrónico: jpoblete@ucsc.edu.

¹ Manuel Antonio Garretón, Jesús Martín-Barbero, Marcelo Cavarozzi, Néstor García Canclini, Guadalupe Ruiz-Giménez y Rodolfo Stavenhagen.

² Este aspecto ha sido casi completamente excluido aquí debido a limitaciones de espacio. Véase, sin embargo, la conclusión.

1. La carrera académica de Samuel Huntington

Contrariamente a lo que podría pensarse, Samuel Huntington —quien es University Professor en Harvard y director de la Harvard Academy for International and Area Studies— no ha descubierto América Latina recientemente. En 1968, en su libro *Political Order in Changing Societies*, Huntington, sin ser un experto en el área, había usado ampliamente la experiencia histórica latinoamericana del segundo tercio del siglo xx, para proponer sus ideas acerca de la importancia del orden político y del orden en la política. Mientras el primer aspecto enfatizaba el rol crucial que los partidos políticos desempeñaban en la mediación entre el Estado y la sociedad, el segundo ponía el énfasis menos en la distinción entre autoritarismo y democracia que en la necesidad del orden como condición de la libertad política: “Men may, of course, have order without liberty, but they cannot have liberty without order. Authority has to exist before it can be limited” (Huntington 1968: 1).

De acuerdo a Jorge I. Domínguez (2001), de quien Huntington fue director de tesis de doctorado y luego colega en Harvard, *Political Order in Changing Societies* presenta varias facetas diferentes y a veces contradictorias del pensamiento de su autor: marxismo, leninismo, fabianismo, modernización, institucionalismo, etc. En ellas, Huntington pasa de la consideración de la forma en que la naturaleza política conservadora o progresista de una sociedad determina la naturaleza política de las intervenciones correctoras de sus militares a la celebración de la reforma moral y de la centralización del poder, que toda revolución significa en manos de partidos leninistas, pasando por la celebración conservadora de las reformas agrarias como formas de preservar la estabilidad política de un régimen y la atención a los partidos, sus líderes y otras instituciones políticas para explicar, en términos no economicistas ni sociologizantes, diferentes procesos políticos. Común a todas estas facetas es la preocupación primordial por mantener un orden político una vez adquirido y la comprensión de la democracia como el lento proceso de extender a la mayoría de los sujetos nacionales sus derechos ciudadanos sin perder el control ni la estabilidad de aquel orden político. A estos dos temas, el Huntington más conocido popularmente añadiría, en *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (1996), su preocupación por la seguridad y el orden del capitalismo norteamericano en la esfera global una vez que el peligro del comunismo soviético había desaparecido. Contrariamente a la opinión de Francis Fukuyama (1992), otro famoso cientista social conservador norteamericano y discípulo también de Huntington, el capitalismo, decía el maestro contradiciendo a su alumno, no iba a extenderse globalmente y sin obstáculos en una paz perpetua e ilimitada ahora que el principal polo de antagonismo histórico, el comunismo soviético, había desaparecido. Reemplazándolo en la escena mundial aparecía ahora el conflicto de civilizaciones que oponía centralmente el fundamentalismo islámico a la civilización occidental. Aunque junto a ellas aparecían otras civilizaciones —“Chinese [or Sinic], Japanese, Indian [...] Orthodox, Latin America and, possibly, African” (Huntington 1996: 45)— el conflicto central era la oposición de la cultura musulmana a la cultura occidental euro-norteamericana. Clave para nuestros propósitos aquí son dos aspectos de la hipótesis de Huntington: el lugar intersticial de la civilización latinoamericana en este esquema³ y,

³ “Latin America could be considered either a subcivilization within Western civilization or a separate civilization closely affiliated with the West, and divided as to whether it belongs in the West” (Huntington 1996: 46).

sobre todo, el carácter cultural del conflicto. En efecto, el énfasis más fuerte de Huntington era que los conflictos más importantes del futuro iban a ocurrir según las distancias culturales que, supuestamente, separan unas civilizaciones de otras.

2. *Who are we? The Challenges to America's National Identity*

Diez años después del ensayo que originó *The Clash of Civilizations*, Huntington parece haber extendido la hipótesis del conflicto cultural y sus peligros para la civilización norteamericana a la esfera nacional interna. En vez de tratarse de enemigos externos, esta vez la tesis se aplica a un par de conspicuos y disímiles enemigos internos: la élite norteamericana de negocios y servicios internacionales por un lado, y la inmigración mexicana, por el otro. Antes de pasar a comentar más extensamente el libro de Huntington, convendría dimensionar lo que podríamos llamar la naturaleza institucional de su tesis. El libro *The Clash of Civilizations* fue anticipado por la aparición de un ensayo que resumía sus tesis principales en la revista *Foreign Affairs* (Huntington 1993), que publica el influyente Council on Foreign Relations. El Council on Foreign Relations es uno de los espacios más importantes en el señalamiento de las grandes líneas teóricas de la política norteamericana. Allí, por ejemplo, se diseñó tempranamente el paradigma de la política de la Guerra Fría, que oponía y dividía ideológicamente el mundo entre dos sectores nucleados por los Estados Unidos y la Unión Soviética (Çataltepe 1993).⁴ El presente *Who are we? The Challenges to American National Identity* fue también anticipado por la publicación de una de sus hipótesis principales (la que afecta a los inmigrantes mexicanos), bajo el título “The Hispanic Challenge” (Huntington 2004b), en otra importante revista de política internacional: *Foreign Policy*, fundada en 1970 por el propio Samuel Huntington junto a Warren Demian Manshel y publicada por el Carnegie Endowment for International Peace en Washington, DC. Al igual que en el caso anterior, ahora también la prensa norteamericana se hizo amplio eco de las ideas expresadas por Huntington. La revista *Foreign Policy* instaló de inmediato una conexión en su sitio en la Red, en la que se acumularon las respuestas críticas a Huntington así como sus réplicas.⁵

Uno de los aspectos centrales de los dos libros de Huntington es la forma en que su autor intenta sopesar y balancear el peso relativo del Estado-nación en el contexto de la globalización y el transnacionalismo.

En *The Clash of Civilizations* Huntington postulaba que las identificaciones de la gente común se habían desplazado globalmente desde el nacionalismo, que había predominado desde el siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, hacia las civilizaciones, entendidas como “the highest cultural grouping of people and the broadest level of cultural identity people have short of that which distinguishes humans from other species” (1996: 43). Mientras que *The Clash of Civilizations* fue dura y algo injustamente criticado por olvidar que el actor principal en la política mundial continuaba siendo el Estado-

⁴ Michael Hardt y Antonio Negri perciben también la conexión entre el pensamiento de Huntington y el diseño de políticas exteriores en los Estados Unidos: “the hypothesis of the clash of civilizations seems to be not so much a description of the present state of the world but rather an explicit prescription, a call to war, a task that ‘the West’ must realize” (Hardt/Negri 2004: 34).

⁵ Véase <http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=2530>.

nación, Huntington respondió en aquel entonces que, aunque él no negaba ese protagonismo, era preciso comprender que el espacio paradigmático en que el Estado se movía como actor había cambiado bajo el impacto del conflicto cultural de civilizaciones y, en particular, de la oposición islamismo-cristiandad euro-norteamericana.⁶

En este sentido su nuevo libro, *Who are we?*, puede ser concebido simultáneamente como un retorno a y una reivindicación de aquella identificación nacionalista como primaria y fundamental, pero a la vez como una paradójica extensión de la tesis civilizatoria al ámbito más reducido de lo nacional norteamericano. En efecto, un aspecto central en ambos libros es la relación inseparable entre valores religiosos y valores seculares. En *The Clash of Civilizations* estas últimas eran explicadas como el resultado de la poderosa imbricación de una gran religión (Budismo, Hinduismo, Confucianismo, Cristianismo e Islam) con un orden político capaz de hacer realidad el potencial integrador de las naciones, que aquellas grandes religiones poseían en la promulgación de valores más universales. En *Who are we?* el protestantismo y el liberalismo democrático norteamericano son vistos como la fuente de la fuerza ‘civilizacional’ nacional de los Estados Unidos. Ambos forman parte de lo que Huntington llama “the continuing centrality of Anglo-Protestant culture to American national identity” (2004a: 30). En términos prácticos, esto significa dos correcciones parciales pero importantes a dos de los mitos fundacionales de los Estados Unidos modernos: que es un país de inmigrantes y que su identidad nacional puede ser definida fundamentalmente por un conjunto de principios puramente políticos, que desde la Declaración de la Independencia en adelante han sido identificados como “the political principles of liberty, equality, democracy, individualism, human rights, the rule of law, and private property” en lo que se ha llamado “the American Creed” (46). Según Huntington, los Estados Unidos no son principalmente un país de inmigrantes –eso, a su juicio sólo se torna una característica relevante a partir del siglo XIX– sino que en sus dos siglos fundadores, el XVII y el XVIII, fueron una nación de colonos (“settlers”) anglo-protestantes. Este carácter de la colonización fundadora que crea, en un espacio que concibe como *tabula rasa*, una sociedad completamente nueva es, de acuerdo a Huntington, el factor más importante en la formación de la cultura estadounidense, su proceso histórico, sus instituciones y su identidad (39). Esta fundación colonial se apoya fuertemente en una serie de características de la orientación religiosa protestante y de la cultura en inglés de los colonos, las que unidas a los valores políticos arriba mencionados crean la especificidad ‘civilizacional’ de los Estados Unidos. A partir de esta refundación conceptual del nacionalismo norteamericano (una lengua, una religión fundadora y sus valores, un territorio y una forma de política) Huntington puede realizar una serie de maniobras ideológicas de gran rendimiento político para su causa conservadora. Una de ellas, por ejemplo, es transformar el multiculturalismo, que ha sido, sin duda alguna, la nueva forma histórica de integración nacional de las minorías a los Estados Unidos en tiempos de la globalización contemporánea, en un ejemplo de lo que él llama “the narrowing of identities” o “the fragmentation of identities” (13), es decir, de movimientos comunitarios que exigen reconocimiento político y cierta autonomía *a costa o en detrimento* de su identificación nacional más amplia. De este modo, lo que es claramente una forma estatal de asimilación e

⁶ “Nation states are and will remain the most important actors in world affairs, but their interests, associations, and conflicts are increasingly shaped by cultural and civilizational factors” (Huntington 1996: 36).

integración de grupos minoritarios es presentada por Huntington como su opuesto, una amenaza separatista a la continuidad y seguridad de aquel Estado.

Otro de los trucos ideológicos fundamentales del libro es la sinonimia que establece entre “identidad nacional” y su propia definición restringida de esta identidad nacional. Clave allí es el lugar que otorga a la religión protestante de la cual se derivarían, según Huntington, todos los valores políticos del liberalismo norteamericano: individualismo, resistencia a las jerarquías no democráticas, ética del trabajo y moralismo reformista. Ya en *The Clash of Civilizations*, Huntington había realizado algo similar a nivel ‘civilizacional’ con la misma inspiración weberiana. Conectaba así la civilización occidental con el desarrollo de la industrialización, como si sólo el protestantismo pudiese ser la base moral de la industrialización y del triunfo de una economía de mercado. Los casos de Japón, Corea del Sur, Taiwán, Malasia, Singapur y buena parte de los Estados europeos católicos del siglo XIX prueban, por el contrario y obviamente, que no hay incompatibilidad intrínseca entre industrialización y otras fuentes morales como el Catolicismo, el Budismo y el Islam (Sato 1997).

Cuando juntamos estos dos trucos, se obtiene la conclusión a la que con tanta fuerza quiere llegar el libro de Huntington: cualquier cosa que afecte aquel núcleo duro de la nación es una amenaza a su seguridad y continuidad histórica. De este modo se consuma la transformación de los Estados Unidos, de una nación cívica y liberal –en que el Estado se mantiene (al menos teóricamente) neutro respecto a cuestiones de etnicidad y religión– a una nación étnica no liberal, en donde la pertenencia y los derechos están basados en un contenido duro que incluye la religión, la lengua y una forma particular de entender sus relaciones con la política (Kymlicka 2001: 24).⁷

En una larga cita que analizaremos en detalle, Huntington establece abiertamente los mecanismos fundamentales de su operación: la identificación de un enemigo y las formas de promover una identidad nacional capaz de resistirlo:

[...] the salience of their national identity for Americans has varied through history. [...] Following independence, the idea of an American nation took hold gradually [...] National identity became preeminent compared to other identities after the Civil War [...] In the 1960's, however, subnational, dual-national, and transnational identities began to rival and erode the preeminence of national identity. The tragic events of September 11 dramatically brought that identity back to the fore. So long as Americans see their nation endangered, they are likely to have a high sense of identity with it. If their perception of threat fades, other identities could again take precedence over national identity (2004a: XV).

A las identidades sub-nacionales que significaron las luchas por los derechos civiles de los años sesenta y el multiculturalismo, se suman ahora, en la escena norteamericana, las dobles nacionalidades diaspóricas (mexicano-americana, judeo-norteamericana, etc.) y los transnacionalismos que caracterizan tanto a las élites como a los inmigrantes hispanos y,

⁷ Kymlicka señala, usando a los Estados Unidos como ejemplo, que es mejor reconocer que no hay estados realmente neutros etnoculturalmente, sino que los llamados Estados liberales democráticos (o naciones cívicas) supuestamente neutros, establecen y promueven, en realidad, a través de sus esfuerzos de construcción de la nación una cultura social (“societal culture”) común que consiste en una lengua común y en instituciones comunes a todos los ciudadanos (Kymlicka 2001: 24-25).

especialmente, a los mexicanos. Haciendo uso de una movida patriótica clásica de los populismos autoritarios, Huntington distingue entre la élite desnacionalizada y la mayoría patriótica de los estadounidenses: “A major gap is growing in America between its increasingly denationalized elites and its ‘Thank God for America’ public” (264). La primera está formada por la élite académica, de negocios y de servicios de análisis (tanto en ONG’s como en otras ramas comerciales), que constituyen para Huntington una nueva clase global emergente. Para estos ‘cosmócratas’, que gozan y promueven una ciudadanía cosmopolita, la identificación nacional ha sido relegada a un segundo plano. De manera muy significativa, sin embargo, el libro de Huntington se cuida muy bien de ofrecer alguna manera práctica de lidiar con este ‘peligro’ y mucho menos, de cómo perseguir o siquiera reeducar a estos supuestos apátridas. Menos suerte les cabe a los inmigrantes latinos en general y a los mexicanos en particular. Entre aquella élite transnacional y los inmigrantes hay, evidentemente, una relación directa e inextricable. Son dos caras de la misma moneda, acuñada globalmente por el capitalismo en expansión. Al no explicitar esta conexión obvia, Huntington se puede permitir prescindir de algunas conclusiones que la lógica de su argumento requeriría. Ambos ‘enemigos’ o ‘peligros’ para la nación deberían ser enfrentados con la misma fuerza, para ambos se necesitarían estrategias de contención. En cambio, tal honor sólo les cabe a los mexicanos: “Contiguity, numbers, illegality, regional concentration, persistence, and historical presence combine to make Mexican immigration different from other immigration and to pose problems for the assimilation of people of Mexican origin into American society” (230). Para ellos sí hay respuestas: detener la inmigración y/o obligar/estimular a los inmigrantes mexicanos legales residentes en los Estados Unidos a perder el español y a aprender el inglés: “There is no Americano dream. There is only the American dream created by an Anglo-Protestant society. Mexican-Americans will share in that dream and in that society only if they dream in English” (256). La cultura sirve aquí para darle sostén a una respuesta nacionalista muy cercana al fundamentalismo. De hecho, pensando en el futuro de los Estados Unidos, Huntington desecha lo que llama las variantes cosmopolitas (diluir los Estados Unidos en lo universal) e imperial (norteamericanizar al resto del mundo) en favor de una tercera vía que llama nacional:

America cannot become the world and still be America. Other peoples cannot become American and still be themselves. America is different, and that difference is defined in large part by its Anglo-Protestant culture and its religiosity. The alternative to cosmopolitanism and imperialism is nationalism devoted to the preservation and enhancement of those qualities that have defined America since its founding (365).

Huntington cierra así una operación ideológica que le ha permitido oponer drásticamente, y valorar diferencialmente, al cosmopolitismo y al transnacionalismo por un lado, y al nacionalismo por el otro. La propuesta de *El espacio cultural latinoamericano*, en cambio, se mueve en la dirección opuesta: encuentra en el cosmopolitismo y en el transnacionalismo una de las fuentes de inspiración de una renovación democrática del Estado-nación.

3. El espacio cultural latinoamericano

En 1993, en el ensayo “The Clash of Civilizations”, Huntington afirmaba: “The fundamental source of conflict in this new world will not be primarily ideological or prima-

rily economic. The great divisions among humankind and the dominating source of conflict will be cultural”. Diez años más tarde, los autores de *El espacio cultural latinoamericano* parafrasean:

La tesis central de este documento es que el mundo en este siglo no se constituirá en torno a lo geopolítico ni a lo geoeconómico, sino principalmente a lo geocultural. Será apropiado, construido, distribuido entre diferentes espacios culturales y América Latina debe ser uno de ellos (Garretón *et al.* 2003: 14).

Sin embargo, más allá de las similitudes sintácticas y lexicales, entre una y otra declaración hay, como es obvio, grandes diferencias de diagnóstico e inspiración política. Huntington quiere usar la cultura nacional para defender el país de los enemigos extranjerizantes que, en su visión, lo acechan desde adentro y desde afuera. Los autores de *El espacio cultural latinoamericano*, en cambio, quieren usar la cultura para construir nuevas formas de integración supranacional a nivel regional y, de este modo, insertar los países del subcontinente en la globalización. En ambos casos, sin embargo, se trata de respuestas que buscan en las culturas nacionales y sus formas específicas la mejor manera de situar a sus países en el contexto de la globalización. De un lado, tenemos un movimiento hacia la homogeneización de la cultura nacional frente a lo que se percibe como presiones heterogenizantes externas e internas. Del otro, tenemos dos procesos: el redescubrimiento desde adentro y desde afuera de la heterogeneidad efectiva de las culturas nacionales supuestamente homogéneas, y, en segundo lugar, el redescubrimiento de una comunidad posible al nivel supranacional. Se trata, en resumen, de dos evaluaciones análogas formalmente pero completamente opuestas en su manera de sopesar lo que la globalización ha significado para la reimaginación de lo nacional.

Para los autores de *El espacio cultural latinoamericano*, en los países de la región se está mezclando un orden social dominante con otro aún en ciernes. El orden nacional moderno del siglo xx buscaba la industrialización y encontraba en el trabajo y en el Estado sus dos espacios y actores principales (aparato estatal y sindicatos) y en la ciudadanía política su forma de participación privilegiada (democracia electoral y partidos). Este orden se superpone ahora a una matriz diferente en las emergentes sociedades postindustriales contemporáneas. La política, que había convocado a los ciudadanos nacionales como sujetos universales, comparte ahora su lugar central con la cultura que, nutriéndose no sólo de las similitudes sino también de las heterogeneidades sociales, integra, por una parte, la nación de manera diferente y propone, por otra, el sentido mismo del proceso de modernización y de lo que pueda considerarse político y política. Esta expansión cultural de lo politizable y de las identidades sociales significa que “[l]a gente ya no puede definir el sentido de su vida sólo por el trabajo, ni por la política, ya no se define sólo por lo que hace sino por lo que es y, en menor medida, por lo que consume” (26).

De este modo, la relativización del rol de la política como cemento societario (que integraba, daba acceso a bienes y fundamentaba el sentido de las vidas individuales y colectivas) posibilita y se debe a un nuevo rol de la cultura. La política deja de ser la única política y pasa a ser una más de las manifestaciones de lo político; y la cultura “[...] —entendida como la búsqueda de sentidos, y el conjunto de representaciones simbólicas, valores y estilos de vida— adquiere consistencia y densidad propias, no reductibles a la política o a la economía” (25). La ciudadanía se llena de contenidos culturales y expande

sus ámbitos para incorporar derechos que van más allá del individuo nacional abstracto e incluyen derechos a la ciudad, a un contexto ecológico saludable, a la expresión de la diversidad identitaria (genérica, de raza, étnica), etc. Por ello, los autores de *El espacio cultural latinoamericano* asignan al Estado nacional una doble tarea en el ámbito de la cultura: crear políticas culturales que respeten e incentiven la diversidad y generar perspectivas consensuadas de la vida social nacional y sus sentidos.

Las luchas políticas, cada vez más, serán de disputa por el modelo cultural de la sociedad, es decir por modelos y sentidos de vida individual y colectiva, por modelos de modernidad. La centralidad y autonomía de la cultura [...] hace que los espacios se hagan cada vez más comunicacionales. [...] hay que insistir que lo nuevo es que el mundo se organiza en torno a espacios culturales [...] (27-28).

En estos espacios culturales, a los ejes y actores tradicionales, ligados en la sociedad nacional industrial al trabajo y la política, se unen ahora ejes y actores relacionados con el consumo, la información y la comunicación, como los públicos y los actores identitarios. La cultura nacional se heterogeniza por debajo y se interconecta por arriba, se diversifica desde adentro y se relaciona hacia afuera. El movimiento es doble y quiere revertir tanto el etnocentrismo clasista, que caracterizó los imaginarios nacionales dominantes en América Latina en buena parte de los siglos XIX y XX –buscando ahora el respeto y fomento de la heterogeneidad de lo social-nacional– cuanto el insularismo nacionalista, que ha impedido hasta muy recientemente la emergencia de un espacio cultural latinoamericano. Para estudiar las posibilidades de este último, Garretón y sus colegas proponen los siguientes aspectos que denominan “ámbitos” del espacio cultural: identidades y diversidad cultural; patrimonios culturales; educación, ciencia y tecnología; e industrias culturales.

Sobre las identidades nacionales y la interculturalidad, baste aquí señalar el contraste con la posición de Huntington. Mientras para éste, como vimos, el multiculturalismo ya dominante en los Estados Unidos es una de las amenazas directas a la intensidad deseada de la identificación nacionalista homogénea, para los autores de *El espacio cultural latinoamericano* ese mismo multiculturalismo, o más bien su versión latinoamericana que ellos prefieren llamar interculturalidad, es una de las tareas pendientes del Estado-nación y de las sociedades latinoamericanas. En cuanto a los patrimonios culturales –en donde distinguen entre tangibles o clásicos e intangibles (lengua, memoria histórica)– se propone democratizar el concepto de patrimonio mismo, lo que implica, por un lado, ampliarlo para que incluya las culturas populares, la vida cotidiana, las redes locales, etc.; y, por otro, allanar su acceso a las mayorías y volverlo más interactivo. Respecto a la educación, aunque reconocen las necesidades en el ámbito de la capacitación técnica y de desarrollo humano competitivo a nivel global, se resisten a reducir el problema educativo latinoamericano a una cuestión de acceso a la alfabetización en la racionalidad instrumental dominante. Recomiendan, en cambio, pluralizar lo que es educación y con ello lo que es enseñable. Incluir las nuevas sensibilidades y los nuevos lenguajes, ampliar el ámbito de las prácticas reconocidas como culturales, llevándolo a incluir manifestaciones que vayan más allá de la cultura letrada y de las bellas artes; conectar los saberes de la escuela y el libro con los saberes exteriores que pertenecen al ecosistema comunicativo más amplio. Al nivel de la ciencia y la tecnología, se trataría de superar el modelo de la universidad nacional con uno de integración en redes latinoamericanas que potencien la capacidad de innovación e investigación útil para la región.

Esta redefinición de la educación, del patrimonio y de la ciencia en el contexto del espacio cultural latinoamericano buscaría transformar el capital cultural de los diferentes pueblos del continente, destacando tanto su diversidad como, sobre todo, sus intereses, condición e historia comunes. Hasta aquí “la gran falencia que presentan es que no se reconoce el espacio latinoamericano como la intermediación necesaria entre el país y el mundo globalizado” (128). De este modo, el conocimiento latinoamericanista así revisado podría convertirse en un factor productivo en la región que, en conexión con los otros factores clásicos (los recursos naturales, el capital y el trabajo), sería capaz de dinamizar tanto las culturas y las sociedades como las economías y los intercambios. Este nuevo espacio cultural regional funcionaría como una tercera dimensión de integración que se uniría a las dos hoy dominantes (la nacional y la global) y actuaría, asimismo, como su forma natural de articulación, constituyendo un “modelo de modernidad latinoamericano” (136). Clave para esta articulación serían las industrias culturales y la siguiente constatación: “La cultura cotidiana de las mayorías en América Latina no pasa por la alta cultura ni aún por la cultura folclórica, sino que pasa por una cultura urbana densamente poblada por imaginarios de modernidad difundidos en parte importante por los medios” (202).

Las empresas del área de las industrias culturales, ahora transnacionalizadas y muy conscientes de las posibilidades que la cultura presenta como mercado, se han ocupado de realizar, desde sus propias lógicas y persiguiendo sus propios fines comerciales, una aguda reflexión sobre la cultura latinoamericana y sus posibilidades. Los Estados de la región, en cambio, han “dejado al mercado la entretención, el tiempo de ocio de las mayorías porque eso no era importante” (178-179), usando así un criterio completamente obsoleto de lo que es la cultura nacional. Para superar esta situación, los autores de *El espacio cultural latinoamericano* proponen aprender e ir más allá de las industrias culturales dominantes. Aprender, en tanto el desafío es cómo movilizar con la misma eficiencia “la alta tecnología de producción, de distribución que tienen las industrias culturales” (169). Superarlas, en cuanto no se trata de juntar una cultura de masas con sus públicos sino de conectar a estos últimos “con los contenidos creativos y los nuevos imaginarios producidos por los diferentes elementos o actores de las culturas populares” (169).

En este contexto, hay dos pasos que van más allá de los límites políticos y culturales de la nación y que resultan fundamentales: desarrollar políticas de integración entre gobiernos y productores culturales en y entre los diferentes países “para permitir que la producción cultural latinoamericana circule efectivamente en la región” (168). En segundo lugar, se trata de imponer la cláusula de la “excepción cultural” que excluye los bienes culturales del dominio de la pura lógica del mercado en los tratados de comercio internacional (195).

En resumen, para Garretón y sus colegas, la globalización obliga a repensar el Estado-nación latinoamericano tanto en sus dinámicas internas como en sus relaciones externas, estableciendo entre estas dos dimensiones no una relación de oposición como ocurría con Huntington, sino de complementariedad y necesidad: “la globalización obliga a los estados a imaginar formas de integración entre ellos de modo de no enfrentarla aisladamente, lo que no puede hacerse si estos estados no gozan de legitimidad y solidez interna [...]” (230). Ello requiere complejizar procesos de integración que en América Latina han seguido siempre la fórmula clásica ‘a menos mercado más Estado’ o, por el contrario y dominante hoy, la fórmula opuesta de ‘a menos Estado más mercado’. La sociedad civil en toda su diversidad surge como un tercer actor (237), cuya labor es nece-

saría para mediar culturalmente esa oposición tanto en el plano nacional interno como en los supranacional regional y global:

Se trata de la reconstrucción de la polis, de comunidades políticas a nivel nacional-estatal y del conjunto de estados y sociedades latinoamericanas, en un doble movimiento de reforzamiento de los sistemas políticos nacionales, y de construcción de un sistema continental (50).

4. Conclusión

A lo largo de la tradición política moderna en Estados Unidos, los inmigrantes extranjeros han sido con frecuencia, como señala Bonnie Honig en su estudio *Democracy and the Foreigner* (2001), un catalizador de por lo menos dos discursos que, intentando responder a las preguntas “How should we solve the problem of foreignness” y “What should we do about them”, se han vuelto históricamente cruciales para su imaginario político. De acuerdo a Honig, los extranjeros y la extranjería (“foreignness”) realizan siempre un trabajo doble dentro y sobre el imaginario nacional estadounidense. Este trabajo es simultáneamente de confirmación y de cuestionamiento. Por un lado, obligan a sociólogos y politólogos a preguntarse si el supuesto equilibrio necesario entre integración social (u homogeneidad) y sistema democrático ha sido alterado o podría ser amenazado por la presencia de elementos foráneos tales como inmigrantes que, también supuestamente, no compartirían los presupuestos culturales básicos que fundan la nación; por otro lado, el inmigrante es central a ese imaginario nacional norteamericano en tanto elige libre y activamente pertenecer a esta comunidad de ciudadanos y confirma así, para quienes recibieron esa ciudadanía en razón de su lugar de nacimiento, las bondades de su propia situación. Dicho imaginario percibe el país, además, como la tierra de la libertad y las oportunidades abiertas a todo aquel que —sin importar su lugar de origen, clase, religión, etc.— esté dispuesto a trabajar y ahorrar para alcanzar el éxito. Si se cierran las puertas a los inmigrantes se refuerza, hipotéticamente al menos, la coherencia interna pero se sacrifica un valor central de la autopercepción nacional. Si, por otro lado, se abren las puertas, la supuesta identidad del nosotros resulta cuestionada por su pluralización y ampliación.

En este artículo hemos visto ya cómo resolvía Samuel Huntington esta dialéctica del inmigrante y la nación en los Estados Unidos. Ahora podríamos añadir la relativa ceguera de los autores de *El espacio cultural latinoamericano* frente a la importancia de los Latinos en los Estados Unidos para varios de los temas que más les interesan: las industrias culturales y su conexión con las prácticas de las culturas populares, el repensar el Estado en situación de globalización y diversidad cultural, la expansión de las formas de ciudadanía y los límites geoculturales de la región y del espacio cultural latinoamericanos. De las dos formas predominantes de apertura de lo nacional latinoamericano en el marco de la globalización, Garretón y sus colegas tienen mucho que decir y proponer respecto a la primera, en que la nación moderna expande su imaginario homogéneo y exclusivo para descubrir su heterogeneidad interna y las múltiples formas de reterritorialización supranacional, que afectan las vidas cotidianas de sus ciudadanos desde la televisión por cable y la Internet a la música popular y la industria cinematográfica. Tienen, sin embargo, mucho menos, o casi nada, que decir respecto a una segunda forma histórica de apertura de lo nacional latinoamericano en el cambio de siglo. Me refiero a las

masivas migraciones de latinoamericanos a Estados Unidos y Europa y entre los mismos países latinoamericanos, que han creado toda suerte de fenómenos transnacionales, trans-locales, binacionales e internacionales (Poblete 2003).

Tanto en Huntington como en los autores de *El espacio cultural latinoamericano* y desde trincheras ideológicas radicalmente opuestas, vemos cómo la nación y sus imaginarios privilegiados tienen aún un largo camino por recorrer para reconocer y comprender una figura que atraviesa sus territorios con frecuencia cada vez mayor: el inmigrante. Llegar allí implicaría dos operaciones cruciales: una desnacionalización del enfoque norteamericano sobre las llamadas “minorías étnicas” y una redefinición del imaginario que separa nítidamente los Estados Unidos de América Latina. Esto supondría responder la pregunta de Huntington sobre el carácter ‘civilizacional’ o ‘sub-civilizacional’ de América Latina en relación al Occidente euro-norteamericano, de una manera política y culturalmente más compleja, obligando a una reterritorialización tanto de los Estados Unidos como de Latinoamérica. Huntington, en cambio, prefiere limitar la esfera de los cambios reterritorializadores a la cultura nacional de los mexicanos. Los inmigrantes sólo podrán soñar el “American dream” si lo sueñan exclusivamente en inglés, y NAFTA será un proceso de integración cultural y no sólo comercial siempre y cuando México pueda transformarse de un país latinoamericano en un país norteamericano.⁸ Los dos pasos arriba señalados permitirían, por contraste, dimensionar realmente, sin prejuicios políticos o culturales, y en toda su potencialidad, importantes fenómenos transnacionales tales como la globalización específicamente latinoamericana de la cultura visual, musical y escrita, y la formación de circuitos y/o comunidades de inmigrantes cuyas lealtades culturales, políticas y sociales cruzan muchas de las fronteras previamente existentes.

Bibliografía

- Çataltepe, Tanju (1993): “Old Enemies, New Paradigms”. En: *Anadolou*, 3, 4. Disponible en <http://www.wakeup.org/anadolu/03/4/old_enemies.html>, (15.01.05).
- Domínguez, Jorge I. (2001): “Samuel Huntington and the Latin American State”. En: Centeno, Miguel Ángel y López-Alves, Fernando (eds.): *The Other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*. Princeton: Princeton University Press, pp. 219-239.
- Fukuyama, Francis (1992): *The End of History and the Last Man*. New York: Free Press.
- Garretón, Manuel Antonio (1999): “Las sociedades latinoamericanas y las perspectivas de un espacio cultural”. En: Garretón, Manuel A. (ed.): *América Latina: un espacio cultural en el mundo globalizado*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, pp. 2-28.
- Garretón, Manuel Antonio et al. (2003): *El espacio cultural latinoamericano. Bases para una política cultural de integración*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Hardt, Michael/Negri, Antonio (2004): *Multitude. War and Democracy in the Age of Empire*. New York: The Penguin Press.

⁸ “In Latin America economic associations [...] take on a new life, reaffirming the point demonstrated most graphically by the European Union that economic integration proceeds faster and further when it is based on cultural commonality. At the same time, the United States and Canada attempt to absorb Mexico into the North American Free Trade Area in a process whose long term success depends largely on the ability of Mexico to redefine itself culturally from Latin American to North American” (Huntington 2004a: 127).

- Honig, Bonnie (2001): *Democracy and the Foreigner*. Princeton: Princeton University Press.
- Huntington, Samuel P. (1968): *Political Order in Changing Societies*. New Haven: Yale University Press.
- (1993): “The Clash of Civilizations?”. En: *Foreign Affairs*, 72, 3, pp. 22-49.
- (1996): *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*. New York: Simon & Schuster.
- (2004a): *Who are we? The Challenges to America's National Identity*. New York: Simon and Schuster.
- (2004b): “The Hispanic Challenge”. In: *Foreign Policy*, March/April. Disponible en <http://www.foreignpolicy.com/story/cms.php?story_id=2495>, (15.01.05).
- Kymlicka, Will (2001): *Politics in the Vernacular. Nationalism, Multiculturalism and Citizenship*. Oxford: Oxford University Press.
- Poblete, Juan (ed.) (2003): *Critical Latin American and Latino Studies*. Minneapolis: University of Minnesota.
- Sato, Seizaburo (1997): “The Clash of Civilizations: A View from Japan”. En: *Special Column on Huntington's treatise 'Clash of Civilizations'”: First of the Series*, July, <<http://www.sbpark.com/inn60.html>>, (15.01.05).